

AYER, EN EL ATENEO

Marino Gómez Santos leyó varios capítulos de «Antonio Ordóñez, torero»

«Una carpa en el escaparate de una pescadería y un torero en la sobremesa, presentan muchos paralelismos»

Ayer, a las ocho de la tarde, con asistencia de muy numeroso público como viene ocurriendo continuamente en todos los actos del Ateneo, Marino Gómez Santos leyó varios capítulos de su libro «Antonio Ordóñez, torero» de próxima aparición en Estados Unidos y España.

Comenzó Marino Gómez Santos

con una introducción referida al mundo del torero, pero haciendo resaltar que lo que el libro pretendía ofrecer era una visión humana del torero, sus sentimientos, el devenir de sus sensaciones, los difíciles momentos que preceden a la hora de la corrida; todo ello al margen del arte de torrear del que ya tantas veces

se ha escrito sin llegarse a un acuerdo. Es la vida íntima del torero lo que interesa, la garantía que ha de dejar permanentemente en prenda de su éxito, fama y fortuna. Y de esa vida, la más íntimamente relacionada con el ambiente taurino, el suyo, el auténtico; porque un torero posee dos vidas, una de las cuales, la de su relación social no determinada por su profesión, carece por lo general de interés. Hay que adentrarse en la realidad acuciante y tremenda que representa el enfrentamiento con el toro, como hay que introducirse en el mundo submarino para contemplar la belleza de su paisaje y la gracia y el misterio de los movimientos del pez: «Una carpa en el escaparate de una pescadería y un torero en la sobremesa, ofrecen características muy paralelas.»

Seguidamente, Marino Gómez Santos comenzó a hablar de Antonio Ordóñez, desde su nacimiento, la influencia que en él había tenido la fama de su padre Cayetano, y también sus hermanos, los comienzos de su pasión por la fiesta. Del anecdotario y análisis de Ordóñez niño, pasó a las circunstancias de su primera novillada, con el complejo y encontrado número de comentarios que levantó la tradición de su apellido... leyendo después las circunstancias de su primera cornada.

Por último, y dejando importantes lagunas en su lectura, puesto que el libro cuenta con 400 páginas, se adentró en lo que creemos será uno de los aspectos del mismo: La descripción de un día de corrida en la habitación del torero, en este caso Antonio Ordóñez, con las llamadas telefónicas, las visitas de los desconocidos, las conversaciones con el mozo de espadas, ilustrado todo ello con varias anécdotas. Con ello terminó su lectura que el público aplaudió largamente.

En el Ateneo quedaron expuestas las ilustraciones de la Duquesa de Alba, firmadas Cayetana: graciosas, ingenuas, coloristas, decididamente «picassianas» algunas de ellas. Como saben, son los originales que se reproducirán en el libro «Antonio Ordóñez, torero».